



Nuevas realidades comunicacionales

# Millennials: los padres de una generación

Alexandra Ranzolin\*

En este ensayo se describen los retos a los que se enfrenta la familia, conocida hoy como *millennial* o en la que al menos, algunos de sus miembros son considerados como tales

Nada puede describir el significado positivo que tiene para el ser humano la posibilidad de sentirse acogido en el seno de una comunidad, así como no hay momento en la historia ni condición que coarte el anhelo de que la persona se encuentre con otros por el gusto de verificar la potencia que se experimenta al compartir o por el deseo de disfrutar la alegría de ser uno en comunión.

La naturaleza humana exige experimentar su origen, centro y punto de referencia a partir del pertenecer a una familia "... raíces personales. Gracias a ellas sabemos quiénes somos, de dónde venimos y cuál es nuestra conexión con el resto de la humanidad de la que evidentemente nos sentimos solidarios" (Burgos J., 2003). Las demandas de la familia tienen que ver más con las estructuras que la componen, que con las

tendencias que marcan una época. Aunque estos cambios también condicionen las formas de mirar la realidad o las maneras de relacionarse.

## UN ESTEREOTIPO QUE ENGLOBA, ANTE TODO, A LA PERSONA

El cambio de siglo marcó importantes consecuencias, una de ellas, el quiebre en el modo de concebir el cómo abordar no solo el quehacer diario, sino la lectura y comprensión de una nueva realidad personal y social. Escuchar la palabra *millennials* –personas nacidas entre los años 1980-2000 o en el cambio de milenio– remite a la primera generación que, según Gutiérrez-Rubí (2016), concibe la vida facilitando sus actividades a partir del uso de Internet. Por tanto, son seres humanos hiperconectados o en continua relación aumentada gracias al poder de las TIC. A estos, siendo nativos digitales, la sensualidad del medio audiovisual e interactivo les atrae de manera ineludible, y el intercambio con un espacio-tiempo virtual produjo múltiples cambios en las distintas esferas de la convivencia humana.

Sin embargo, tal y como lo señala el Organismo Internacional de Juventud (2017), *millennials* es una categoría anglosajona que no necesariamente describe la realidad latinoamericana. El rango de edad que define a la generación resul-

ta muy amplio para precisar una identidad homogénea, independientemente de entenderse desde ciertos ámbitos generalistas como “la primera generación de nativos digitales y haberse hecho adultos durante el cambio de siglo” (P. 3).

Según la Organización Internacional de la Juventud (2017), los *millennials*:

- Son el 26 % de la población mundial (alrededor de 1.800 millones).
- De estos, solo 130 millones están en Estados Unidos y Europa.
- En América Latina representan el 30 % de la población total.
- Quienes hoy tienen menos de 35 años, en 2020 representarán el 59 % de la población del planeta y en 2025 el 75 % de la fuerza laboral mundial (P.3).

Es una generación de extremos, en la que se producen tensiones y contradicciones (Organización Internacional de la Juventud, 2017). Ahí se encuentran jóvenes conectados junto a los que han decidido mantenerse al margen de las redes y a los que se encuentran aún en la brecha digital. Es una franja en la que conviven mujeres que optan por aplazar la maternidad con aquellas que, siendo adolescentes, ya la viven de forma repetida, junto a las que han resuelto excluirla de su proyecto de vida. Así mismo, los *millennials* –en muchos casos– son hijos de la Generación X –nacidos entre 1965 y 1981– y han sido criados en un ambiente de relativa seguridad, enfrentándose hoy a los retos y oportunidades de una nueva época. Frente a esta realidad tan variopinta, ¿cómo entender el consumo de las TIC y las riendas de la alfabetización mediática bajo una sola dirección?

### LOS HIJOS DE LOS *MILLENNIALS*: LA GENERACIÓN Z

Uno de los ámbitos que se transformó con consecuencias claramente observables a partir de la aparición de las TIC resultó ser el familiar. Partiendo de la definición de mediaciones de Ortiz (2017), al reflexionar sobre la obra *De los medios a las mediaciones* de Jesús Martín Barbero (1987), se señala que “las sociedades no existen sin las mediaciones y que la diversidad es un elemento intrínseco a su constitución” (P. 154). Todos estos elementos definen un trasfondo en los procesos de comunicación.

Orozco (1997) señala también la necesidad de tratar las mediaciones desde las influencias que se encuentran alrededor de quienes interactúan con los medios –amigos, familia, instituciones, etcétera–, e incluso del desarrollo de diversas capacidades cognitivas para la comprensión del contexto a partir de estos nuevos medios.

La Generación Z –sujetos que nacieron entre los años 2000 y 2018– ha desmitificado mucho de lo relacionado con el uso de las tecnologías, experimentando menos prejuicios, aprovechando

las ventajas de las ventas en línea –en contextos que así lo permiten– y saboreando el éxito social a través de la posibilidad de expresión que ofrecen las redes sociales.

La familia *millennial* tiene una corresponsabilidad con el enjambre de micro y macro mediadores que conforman la red de espacios de relación y significados de sus descendientes.

Sin embargo, ¿cómo observa la generación *millennial* la conformación de la familia? Aunque se afirma que la Generación Y es apegada al núcleo familiar y demora más tiempo en abandonar a sus padres –por distintas razones y según los diferentes contextos– Astone, Martin y Peters (2015) señalan que en los Estados Unidos la disminución en la fertilidad afecta a mujeres de 20 a 30 años de todas las razas y etnias.

Por otra parte, afirman que de 2007 a 2012, los hispanos experimentaron el mayor descenso en las tasas de natalidad –26 %– seguido de un declive de 14 % para los negros no hispanos y 11 % para los blancos no hispanos. Esto implica, según los autores, que la generación *millennial* se pondrá al día con la procreación alcanzados los treinta años.

En contraste, “algunos *millennials* llegarán a tener tantos hijos como sus contrapartes mayores, pero a una edad más avanzada” (Astone, Martin y Peters, 2015).

Resulta de interés observar que la maternidad fuera del matrimonio en el contexto norteamericano parece estar disminuyendo, especialmente en hispanos y negros no hispanos. Esto en el entendido que el parto no conyugal se asocia a la disminución en la educación e ingresos familiares para los infantes. Según Martin, Astone y Peters (2014), la generación del milenio se preocupa por la disminución de los matrimonios debido a que el impacto económico de la recesión pone al matrimonio en suspenso.

El caso venezolano es distinto. Estos *millennials* viven la familia de forma diversa. Moreno (2007) expone que cualquier ‘venezolano normal’ pone a la familia en primer lugar, mientras que el delincuente no. Sin embargo, ‘venezolano normal’ y ‘delincuente’ nacido entre 1980-2000 es considerado *millennial*. La categoría ‘delincuente’ es trascendente tomando en cuenta que el país alcanzó más de 26 mil muertes violentas en el año 2017 según el Observatorio Venezolano de Violencia (*El Nacional Web*, 2017). Para Moreno (2007), el ‘delincuente’ organiza la vida alrededor del ámbito violento no familiar, al contrario del ‘venezolano normal’. Para el primero la madre es el centro, sin embargo, ha perdido vínculos con ella, y de allí el desorden estructural, especialmente cuando la figura del padre es inexistente.

En Venezuela, según el Censo del año 2011 (Instituto Nacional de Estadística, 2011) los 7 millones 124 mil 722 *millennials* de los distintos

estratos sociales eran responsables de parte de la educación y manutención de 7 millones 356 mil 774 *centennials*. El hecho es que los contextos, retos y amenazas siguen siendo diversos, pero se asoman así mismo escenarios que deparan oportunidades.

La dualidad en la educación de los hijos, la alfabetización digital y el aprovechamiento de la tecnología en las distintas facetas de la vida, se traduce también en una de las variables que impacta la realidad general del país.

Debido a la pobreza creciente en un contexto hiperinflacionario que exige pensar en la supervivencia, se intuye que difícilmente el 82% de la población que vive en condiciones de pobreza o en pobreza extrema (Freitez y Correa, 2017) o el casi 30 % proyectado para el 2018 que experimenta el desempleo (Fondo Monetario Internacional, 2017) –entre los que se incluyen *millennials* y *centennials*– tenga una preocupación por temas de uso de tecnología. Actualmente solo un 27 % de la población venezolana tiene posibilidades de acceder a servicios que impliquen conectividad (Freitez y Correa, 2017).

Por otra parte, ya en el 2015 se observaba una desmejora en relación con las posibilidades de acceso a Internet en Venezuela. En ese entonces la Cepal (2016) mostró que el país presentaba uno de los más bajos rendimientos a nivel de conectividad. Luego de tres años esta realidad ha desmejorado de manera drástica.

Lo anterior constituye un panorama de múltiples aristas que llama a la reflexión y que, como señala Díaz (2018), el reto en relación con el desarrollo de las nuevas generaciones parece aún mayor que el de la conformación de un grupo etario, del acceso, los usos y las relaciones con la tecnología. Este autor hace un llamado de atención en relación con la presencia de la brecha digital y la diferencia presente en las zonas urbanas y rurales del país. Especialmente porque en Venezuela se acrecientan las dificultades para adquirir dispositivos y tener una satisfactoria conexión a Internet.

Mientras en contextos como el norteamericano en el que de una población de 46 millones de habitantes, el 15 % vive en condiciones de pobreza (Fondo Monetario Internacional, 2016), en países como Venezuela, con una población que abarca un poco más de 30 millones de habitantes, el 82 % de la población es pobre. La diferencia no se relaciona tanto con los discursos ideológicos que se han querido imponer desde el proyecto bolivariano, sino con las deficientes políticas sociales, económicas, educativas y de inclusión tecnológica adoptadas. En nuestro país –hasta el momento– la brecha digital no se ha reducido, así como tampoco los márgenes necesarios para alcanzar una vida digna, que permitan la conformación de núcleos familiares sólidos.

## FAMILIAS QUE ASUMEN RETOS

Solo una expresión puede definir el deseo de la persona por comprender el sentido último de su vida: ser. Díaz (2018) afirma que la Generación Y expresa: “Déjennos ser *millennials*”. Y poder ser implica el ejercicio de una libertad que pasa por la posibilidad de disfrutar las oportunidades que ofrece la época que los ha recibido. En este sentido, también constituye la necesidad de hallar el lugar, por ejemplo, de conformar una familia o el tener hijos que exigen encontrarse con un mundo que permita la interconexión con una realidad fascinante.

Por otra parte, quienes tienen acceso a los medios de comunicación tradicionales y a los nuevos medios, tienen así mismo la oportunidad de mirar e interpretar la realidad a través de pantallas que ofrecen experiencias con múltiples perspectivas y oportunidades de interacción. Esto conlleva a la corresponsabilidad de los diversos mediadores sociales –familia, escuela, etcétera– en la alfabetización, concientización, socialización, problematización y formación de miradas críticas y creativas sobre los contenidos de estos medios (Martínez de Toda, 1998).

Estas nuevas realidades comunicacionales, cargadas de grandes ofertas y promesas, serán espacios de diálogo y crecimiento, así como de formación de ciudadanía, en la medida en que también sea factible la inclusión y el acceso a estas tecnologías (Díaz, 2018). Lo que significaría que en los distintos contextos de la vida cotidiana, no solo se esté pensando en la subsistencia, sino en la posibilidad de contar con todo lo necesario para el sostén, la educación, el desarrollo integral y el logro de la felicidad del núcleo familiar y en especial de los hijos. Y que en Venezuela, que cuenta hoy con más de 1,5 millones de expatriados por distintas circunstancias (Reyes, 2018), las tecnologías para *millennials* y *centennials* se conviertan en un espacio de conexión y solidaridad (Burgos J., 2003), sin olvidar que la familia es el lugar en el que se echa raíz y al que siempre se puede volver.

Se puede leer el artículo completo en: [http://comunicacion.gumilla.org/wp-content/uploads/2019/02/COM\\_183-184\\_45-50.pdf](http://comunicacion.gumilla.org/wp-content/uploads/2019/02/COM_183-184_45-50.pdf)

\* Investigadora asociada de Ininco-UCV.